
Indios y cholos en la formación de la clase trabajadora ecuatoriana

Hernán Ibarra*

Introducción

Aproximadamente entre 1895 y 1930, emerge el capitalismo en la sociedad ecuatoriana. Es un periodo inscrito dentro del llamado "boom" cacaotero, que empezó hacia 1870, y desplazó hacia la costa central el eje organizador de la economía ecuatoriana. Este cambio de largo aliento redefinió los papeles de las economías regionales serranas como proveedoras de productos agrícolas, artesanales y fuerza de trabajo. Queremos conocer en este periodo, la formación del mercado de trabajo urbano y rural en la costa, poniendo énfasis en las migraciones que salieron desde la sierra central y en las estructuras ocupacionales de algunas ciudades.

Las condiciones en que surge la clase trabajadora ecuatoriana resultan complejas. Coexisten situaciones regionales distintas y una composición social de la población de herencia colonial que persistió a lo largo del siglo XIX. Así, una estructura de clase moderna queda atrapada en el viejo lenguaje de castas de origen colonial. El término casta como equivalente a raza y grupo étnico define la ubicación de los sectores sociales en la colonia. En su origen se utilizó para denominar a las combinaciones raciales que tenían como referencia a

los negros, y equivalía el mestizaje proveniente de lo indígena.¹ Por eso las castas, en el lenguaje colonial, son los grupos mestizos de origen negro e indígena. Pero los grupos dominantes también terminan como castas, aun cuando su condición blanca —por oposición— los ubica en el otro extremo. El lenguaje de castas tiene como punto de partida la república de los españoles y la república de los indios, donde cada grupo tiene su propia configuración interna y sus reglas de funcionamiento. En medio de esta oposición de naturaleza étnica, se ubica el complejo mundo mestizo urbano y rural.

El mundo mestizo urbano fue asumiendo en el periodo colonial la definición de cholo. La noción de cholo estuvo históricamente asociada al cambio de una condición indígena a una occidental, expresada en el abandono del vestido y la lengua, y adquirió un "marcado componente de referencia al origen 'racial' de los cholos, es decir a su condición de mestizos con rasgos físicos indígenas".² En las primeras décadas de este siglo, lo cholo cubrirá una amplia gama de situaciones urbanas y rurales, y pondrá su sello distintivo en determinados sectores laborales.

Con el surgimiento de la organización mutual a fines del siglo XIX, se pasará a hablar de clase obrera o del obrero. Esta concepción va tornándose problemática durante el desarro-

* Instituto de Estudios Ecuatorianos.

llo del mutualismo: el concepto obrero distinguía fundamentalmente a los maestros de taller y excluía a los operarios, aprendices y jornaleros, marcando así una diferenciación social dentro de los artesanos. Esta noción será cuestionada por las organizaciones de operarios, que reclamarán para sí, junto con los trabajadores industriales y de ferrocarriles, la pertenencia a la clase obrera. Pero lo obrero mantendrá una connotación étnica y seguirá indicando diferencias entre lo cholo y lo indio, tales como ocupación e inserción en el mercado de trabajo.

A la Costa

Se carece de un conocimiento preciso de la migración de la sierra a la costa entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. A partir de la mayor proporción de mujeres sobre hombres en algunas parroquias de la sierra central, se deduce que hubo tal migración, tanto de carácter estacional como definitiva.³

Algunos informes de autoridades locales a mediados del siglo XIX, también hablan de ella, por ejemplo desde Chimborazo y Bolívar, de donde salió población en "búsqueda de jornales de subsistencia" hacia las provincias de Los Ríos y Guayas.⁴ Se piensa que después de 1870, las sierras sur y central aportan los principales contingentes para las haciendas cacaoteras e ingenios azucareros. En todo caso hay una visión generalizada de una migración rural.

El Censo de Guayaquil, de 1899, ofrece una oportunidad de reflexión sobre el tema de la migración hacia la costa. Según este censo, de las 60,483 personas que residían en Guayaquil el 7.23% eran originarias de las provincias de la sierra central, 4.14% de la sierra sur y 5.31 de la sierra norte; de las provincias de la costa, incluyendo otras parroquias y cantones de Guayas, eran sólo el 1.89%. Había también una alta migración extranjera, con el 15.49% de los habitantes.

De quienes declararon haber nacido en la provincia de Tungurahua, 1342 (85%) se regis-

traron originarios de Ambato y un 15% repartidos entre Pelileo, Píllaro, Quisapincha, Que-ro y otros sitios. Posiblemente debido a una agregación general que se hizo en el censo, no aparecen las parroquias circundantes a la ciudad de Ambato, por lo que ésta representa en realidad el conjunto de pueblos y parroquias cercanas. Y es probable que lo mismo suceda con otras ciudades de la sierra que figuran significativamente como lugar de nacimiento de los habitantes de Guayaquil. Así, los nacidos en Cuanca eran 1,786 personas, en Riobamba 1,318 y 2,828 en Quito.⁵ Desde luego que también salió gente desde las ciudades, pero no es fácil establecer en qué proporciones.

Necesitamos saber quiénes eran los migrantes y cuáles las oportunidades de trabajo que podría haber en la agricultura y las ciudades costeñas. Una ciudad de destino frecuente fue Babahoyo, como centro de distribución de las mercancías vendidas de la sierra Babahoyo (o Bodegas, como fue conocido en el pasado) era centro de residencia de comerciantes y muleteros vinculados al tráfico mercantil sierra-costa. El tipo de migrantes del que se tiene referencia es el de aquellos que van a Babahoyo a cuidar negocios. Frecuentemente, tenientes políticos y jueces parroquiales aparecen ausentándose en los veranos para residir en Babahoyo, o renunciando a sus cargos porque se marchan a la provincia de Los Ríos. De acuerdo con el Proyecto de Catastro de Tisaleo realizado en 1889, los propietarios de terrenos con valor de alrededor de mil pesos rendían en Babahoyo y Guayaquil. Por su valor, estos predios bordean la mediana propiedad, lo que nos aproxima a un migrante seguramente inserto en redes mercantiles y que explican su estadía en Guayaquil o Babahoyo. Cuando llegaba el invierno, Babahoyo se inundaba de comerciantes serranos que emprendían el regreso a la sierra, para más tarde retornar nuevamente en verano.

La conformación de la población activa de Guayaquil en 1899 revela un abultado sector terciario, que equivale al 44.36% de la población ocupada. Sobre todo es impresionante el

renglón doméstico, con 8,472 personas que se desempeñan como lavanderas, cocineras, servidores domésticos y nodrizas; representan el 24.34% de los activos. Los comerciantes son 4,599 (13.21%) incluyendo a minoristas y vendedores ambulantes. El sector terciario comprende, por un lado, a los asalariados en el servicio doméstico, pero por otro, a los trabajadores autónomos mezclados con el comercio mayorista y los comerciantes exportadores e importadores.

El sector secundario, aparte de 15 fabricantes, recoge actividades entre las cuales la principal es la madera con 3,887 carpinteros, ebanistas, etc., que equivale al 11.16% de los ocupados. Al agrupar confecciones y textiles se encuentra un total de personas que representan el 12.33% de la población activa. Si bien se incluye aquí a 3,117 costureras que seguramente desarrollan esta labor como parte de sus quehaceres domésticos, porque el Censo recoge 86 costureras "de oficio" separadamente. El número de artesanos y trabajadores del cuero y calzado era de 766 (2.20%), y los de la construcción, constituido básicamente por albañiles, de 268, que no llegaban ni al 1% de los activos. El sector secundario, que abarca al 32.79% de la población activa, puede caracterizarse como un grupo de ocupaciones predominantemente artesanales que tiene en la carpintería su rama más importante y que por su vinculación al trabajo de la construcción alienta la expansión urbana de Guayaquil. La creciente importación de textiles fomenta un cierto desarrollo de la sastrería, mientras que la fabricación de calzado en Guayaquil se veía limitada por la competencia de zapatos provenientes de la sierra.⁶

Por otro lado, como peones, operarios y obreros aparecen 5,020 personas (11.55%) que componen un mercado de trabajo urbano, ligado a las actividades exportadoras y que, en momentos críticos de demanda de mano de obra, sustraía trabajadores de la agricultura. No obstante, persistía la escasez de mano de obra tanto en la ciudad como en el campo. Así, se dice en 1887 que "Algunas haciendas ya se ven obligadas a pagar doce reales al día, mien-

tras que aquí mismo, en la ciudad (Guayaquil), donde siempre ha habido sobrante de peones para las cuadrillas del Muelle, Aduana, etc., hay tal escasez, que el servicio de uno y otro ramo se resiente de la falta de braceros".⁷ Luego del incendio de Guayaquil en 1896, se requirieron para la reconstrucción de la ciudad 2,500 jornaleros diarios durante 1897, pagándose dos pesos diarios de salario. Existen entonces circunstancias diversas que operaron como factores migratorios hacia Guayaquil, y una de ellas es el crecimiento urbano de esta ciudad como consecuencia del desarrollo de las exportaciones de cacao.

Teóricamente, había para los migrantes varias opciones de trabajo: las haciendas cacaoteras, los ingenios azucareros y el trabajo urbano. Manuel Chiriboga estima que las haciendas cacaoteras daban empleo hacia 1920 a 35,000 trabajadores, mientras Andrés Guerrero calcula que en 1900 se ocupaban 15,000, aunque tales estimaciones no distinguen entre mano de obra permanente y temporal.⁸ Para los ingenios azucareros sólo se dispone de las cifras de mano de obra en 1931, en 14 ingenios ubicados en Milagro, Yaguachi y Babahoyo: 2,420 trabajadores en invierno y 5,100 en la zafra, de julio a octubre.⁹ Este es un momento de desarrollo de los ingenios y de concentración de la producción en los de Valdez y San Carlos: el ingenio Valdez requería 600 trabajadores en invierno y 1,500 en zafra. A comienzos de siglo, Valdez ocupaba más de 300 trabajadores, pero ya en 1923, avisos publicados en *El Comercio* de Quito indican que necesita en julio 1,500 jornaleros para la zafra, demanda que disminuía a 500 en octubre. Llama la atención que en 1923 se publiquen en la sierra avisos solicitando mano de obra, cuando ya había estallado la crisis y las plantaciones cacaoteras se encontraban despidiendo trabajadores. Existía, por tanto, un excedente de fuerza de trabajo que pudo ser transferido a los ingenios, sector que había adquirido un nuevo impulso después de la primera guerra mundial.

Al parecer a la agricultura costeña le fue difícil superar la crónica escasez de fuerza de

trabajo durante el boom cacaotero. A comienzos de siglo se habla de "falta de brazos", y en 1910 la plantación Tenguel debió contratar trabajadores de Colombia ante la imposibilidad de reclutar trabajadores serranos¹⁰; debe señalarse que las haciendas de Balao y Naranjal habían sido tradicionalmente abastecidas por migrantes de Azuay y Cañar.

El trabajo agrícola también pudo ser el punto final en el accidentado itinerario de la vida del migrante Roberto Gómez, personaje de la novela *A la costa*. Había salido de Riobamba, luego de fracasar en el comercio, con rumbo a Guayaquil para trabajar en la aduana. Cuando pierde ese empleo, dice: "Me hice entonces buhonero, recorrí media costa cargado de baratijas y trapos; el negocio progresaba un tanto y podía mandar a mi familia algún dinero. Una noche, en el río Daule, asaltaron mi canoa y me dejaron limpio".

Así se vio obligado a buscar un trabajo de dependiente de comercio, hasta que se ubicó de mayordomo en un ingenio, para finalmente concluir su ciclo en una hacienda cacaotera donde era mayordomo y estaba a cargo de la tienda.¹¹

Además de la migración "urbana" hacia Guayaquil a fines del siglo XIX, se conoce de migraciones hacia los ingenios azucareros y plantaciones cacaoteras en las tres primeras décadas de este siglo, pero conformadas sobre todo por campesinos mestizos de Quisapincha, Cevallos, Mocha y Pelileo.¹² Particularmente, a comienzos de 1900 ya eran "conocidos" los migrantes de Mocha en la hacienda Clementina de Babahoyo, y migrantes de Santa Rosa viajaban regularmente a las zafras de los ingenios, combinando esta actividad con la arriería o con el "barqueo" del arroz. Sólo una referencia, de 1916, habla de indígenas migrando a la costa: "...los indios son también los que van a la Costa, a trabajar en los ingenios y en las haciendas, y sin el refuerzo de ellos, la incipiente agricultura tropical, sufriría un descalabro enorme".¹³ La literatura costumbrista insiste en que el contingente migratorio es de campesinos mestizos o habitantes pueblerinos a quienes se ve de regreso temporalmente con

trajes y zapatos blancos y hablando como costeños en las fiestas del Corpus.¹⁴

Pero fue más común comenzar el itinerario de migración en una hacienda costeña o en un ingenio, para proseguir luego a Guayaquil, donde se podía obtener algún empleo en el comercio o de jornalero. Las ocupaciones que aparecen desempeñando migrantes serranos de origen mestizo en Guayaquil son las de jornaleros en casas de exportación, maestros de escuela y dependientes de casas comerciales.¹⁵ Probablemente fue el comercio una de las actividades más copadas por migrantes de Tungurahua, especialmente con el ferrocarril, luego de 1908, en tanto que se intensificó la circulación de productos agrícolas. Sin embargo, uno de los mecanismos de inserción en el ambiente de Guayaquil era, para el migrante serrano, el empleo de celador de policía. El Cuerpo de Policía de Guayaquil en la década de 1910 estaba casi exclusivamente constituido por serranos, a quienes las duras exigencias de la vida han arrancado de sus hogares, situados en las altiplanicies andinas, para traerlos a este puerto, en busca de un campo más adecuado para el provechoso ejercicio de sus energías.

Esta misma fuente menciona que se ignoraban la topografía de la ciudad, la índole y costumbres de sus habitantes, se sienten tímidos, con esa timidez natural en los que por primera vez se encuentran colocados en un ambiente que antes no habían respirado.

Sin embargo el empleo de policía era transitorio, mientras se adaptaban a la ciudad y encontraban otra ocupación.¹⁶

La migración a la costa, tuvo varias vías o caminos, y el trabajo agrícola fue sólo una de ellas. Las migraciones laborales siguieron el curso de las rutas de comercio del siglo XIX y luego las que abrió el ferrocarril. Pero no olvidemos que las fuentes manejadas, indican casi exclusivamente que el componente migratorio, por lo menos hasta 1930, es prácticamente blanco y mestizo; se generaron así procesos de

asalaramiento temporal, que no eran sino muy parcialmente de proletarización, porque las actividades autónomas de comercio y producción mercantil eran alternativas vigentes en Guayaquil o de regreso en la sierra.

El mercado de trabajo y las ocupaciones en Ambato (1870-1922)

Una ciudad de la sierra central, Ambato, tuvo un dinámico contacto con la costa. Alrededor de 1870, estaba reestructurado el sistema de ferias en la sierra central. Se amplió el papel dominante de Ambato en la organización de los circuitos mercantiles a partir del cambio de día de feria de domingo a lunes. En 1894, la feria del lunes era considerada la más grande feria semanal de la sierra. Asimismo, las tradicionales ferias dominicales en pueblos y otras ciudades se convirtieron en ferias mayores que se desarrollaban durante varios días a la semana. A comienzos del siglo XX, existe una red de mercados y ferias con una jerarquización que tiene como centro regional a Ambato. En 1894, la feria del lunes es considerada la más grande feria semanal de la sierra. El ferrocarril acentúa el crecimiento de la feria del lunes, reforzando su función en el comercio interregional, lo que no dejó de ser advertido por Enock en la primera década de este siglo.¹⁷

Al comparar la población activa de Ambato entre 1871 y 1922, es posible observar el peso de cada rama de actividad y los cambios en este lapso de tiempo.¹⁸ Persisten rasgos antiguos, pero en declinación. Los agricultores tienen como ciudad de residencia a Ambato, pero su participación en la población activa baja del 17.65% al 8.90%. El sector secundario, marcadamente artesanal, pasa del 32.13% al 43.5% con una participación similar de confecciones y textiles (20.26% y 19.16%). Pero este último sector, que ha modificado su configuración en 1922, tiene muy pocos tejedores artesanales, apenas 16, y no revela la cifra de trabajadores industriales que ya están ocupados en dos empresas textiles. Por otra parte, el número de

753 costureras incluye nuevamente la actividad doméstica dentro de la familia. En realidad, de 1871 a 1922 hay una fuerte participación femenina en la población activa, como costureras, panaderas, en el comercio y el servicio doméstico (véase Cuadro 1); las tres primeras ocupaciones tienen un componente básicamente "cholo", en tanto que en el servicio doméstico predomina la mujer indígena. La expansión del servicio doméstico se expresa en que incluso los artesanos tienen servidumbre.

Cuadro 1
Participación por sexo en algunas ocupaciones

Ocupación	Sexo			
	Masculino		Femenino	
	1871	1922	1871	1922
Costurero	5	—	713	753
Hiladero	—	—	—	119
Panadero	1	28	25	150
Comercio	90	265	18	371
Serv. Doméstico	137	212	1,700	1,084

La ocupación de hilandera y costurera, de mucha importancia en cabeceras de parroquia, frecuentemente se atribuye a menores de edad y a mujeres que la desempeñan como actividad familiar. La ocupación de panadera en 1922 aparece claramente como actividad complementaria dentro de una familia que tiene una especialización artesanal; el jefe de familia es zapatero y la mujer es panadera. El pan producido en esas condiciones se comercializaba entregándolo a tiendas. En otras ocasiones el jefe de familia es zapatero y la esposa aparece como curtidora, no porque tenga una curtiembre, sino porque en el taller familiar efectuaba el acabado final de los cueros.

En la ocupación de comerciante, es preciso distinguir entre el comercio registrado en los catastros de capital en giro y aquel que se hacía en el pequeño comercio con tiendas y estanquillos, y las actividades vinculadas a las plazas de mercado. Hacia 1890 hay tres plazas de mercado, y en 1920 son cinco. Esto obviamente expresa un incremento de vendedoras,

identificadas en el Censo de 1922 como place-
ras y vivanderas, en número de 102. La canti-
dad de mujeres vendedoras en los días de feria
de hecho era mayor, porque en 1931 se exten-
dieron 602 certificados de permiso sanitario
para venta en mercado.¹⁹ Esto supone que una
parte de las vendedoras procedía de otras
parroquias o cantones. En 1871 en el poblado
de Atocha, muy cercano a Ambato, están regis-
tradas 13 mujeres como gateras, nombre con el
que se designaba a las vendedoras de los
mercados, pero que no se utiliza ya en el Censo
de 1922. Si bien para otros poblados no apare-
ce la ocupación femenina de gatera, mujeres
campesinas de los sitios cercanos a cabeceras
de cantón participaban activamente en las fe-
rias semanales.

El servicio doméstico disminuiría su por-
centaje en el total de población activa del
43.18% en 1871 al 22.07% en 1922, pero re-
cuérdese que hay una sobreestimación de la
cifra para 1871 y que en 1922 había 200 lavi-
nderas ocupadas temporalmente y que no
residían en la casa de los patrones. Quedan
también registradas cinco huasicamas y un
guardacasa en 1922 como rastros del trabajo
en las haciendas. Pero el servicio doméstico,
además de ser una ocupación femenina, abar-
caba también el trabajo infantil. De todas las
ocupaciones registradas en Ambato, muy po-
cas tenían niños debajo de los diez años, pero
en el servicio doméstico el 9% de los individuos
era menor de diez años y el 29% se hallaba
entre los 10 y 19, uno de los contingentes más
jóvenes de la fuerza de trabajo.

Las ocupaciones asalariadas, como peones,
obreros y operarios, no aparecen en 1871, y en
1922, constituyen apenas el 3.32% de la pobla-
ción activa. Pero esta baja participación obede-
ce a que jornaleros y obreros industriales te-
nían su residencia en parroquias rurales de
Ambato. Desde Huachi, Picaíhua, Pinllo,
Quisapincha y los alrededores, se desplazaban
diariamente a Ambato campesinos y habitan-
tes de pueblos que se desempeñaban en el
trabajo industrial. Se estima que de una terce-
ra parte a la mitad de los obreros industriales
tenían residencia rural y otra parte provenía

de familias de artesanos.²⁰ En 1922, en dos
empresas textiles, había entre 400 y 500 tra-
bajadores, a lo que debe agregarse los de algu-
nas pequeñas empresas del sector de alimentación.

A fines del siglo XIX, funcionaban lánguida-
mente en la sierra ecuatoriana cuatro empre-
sas textiles que operaban con energía hidráu-
lica. Junto a este sector ya industrial, habría
tres obrajes que continuaban empleando tec-
nología colonial. Sólo después de la Primera
Guerra Mundial la industria textil conocerá
cierto desarrollo.

El impulso a la industria textil tuvo como
condición las medidas proteccionistas que
establecieron altos aranceles para los textiles
importados desde comienzos de siglo y des-
pués de 1910, con objeto de financiar obras
públicas provinciales. La elevación de la tasa
de cambio encareció las importaciones, pues el
dólar pasó de dos pesos en 1913 a cinco en
1924, favoreciendo un proceso de sustitución
de importaciones. Consecuentemente, las
importaciones textiles declinaron. En 1912, el
capital de la industria textil se estima en 20
millones de sucres, mientras que en 1925, con
una producción de 25 millones de yardas de
tela, no supera los 11 millones de sucres. Esta
producción copó el mercado interno de la si-
erra, mientras que en la costa siguieron impe-
rando los textiles importados. El mercado del
sur de Colombia fue un poderoso incentivo a la
industria textil, pues un 25% de la producción
se destinaba hacia allá.²¹ En la década del
veinte, la industria textil colombiana, sobre
todo ubicada en Medellín, tuvo un desarrollo
más alto que en el Ecuador y ocupó entre 5 y 7
mil trabajadores.²² Sin embargo la falta de una
adecuada red vial o ferroviaria con el sur hizo
que ese mercado fuera copado por los textiles
ecuatorianos, siguiendo por lo demás una
tendencia histórica en la circulación de pro-
ductos textiles.

En 1928 había 15 fábricas textiles instala-
das en la sierra, fundadas en su mayor parte
después de la Primera Guerra Mundial. El
capital era de \$10'392,544 con 18,220 husos y
485 telares. Había 124 empleados y 2,388

obreros. Las dos fábricas instaladas en Ambato tenían 023 empleados y 507 obreros. La Industria Algodonera, con \$1'080,000 de capital, y El Peral, con \$650,000, poseían el 17% del capital y el 21% de la mano de obra de la industria textil del país. Comparativamente, la fábrica La Internacional, de Quito, tenía un capital de \$2'200,000, 14 empleados y 370 obreros.

Posteriormente se fundaron en Ambato tres empresas textiles más. La Sultana creada en 1930, era propiedad del terrateniente Alfonso Alvarez, La Sirena, que operó a partir de 1936 y estaba dedicada a tejidos de punto; pertenecía a Homero Ortiz y Pedro Santamaría, dos extrabajadores de La Industrial Algodonera que "decidieron independizarse económicamente al pasar de la calidad de asalariados a la de patrones" y obtuvieron una parte de las máquinas de aquella empresa.²³ En 1937 comenzó a funcionar La Europea, de José Reinsburg, con un capital de \$198,000. Aun cuando después de 1928 se crearon en el país 14 empresas más en la rama textil, no hubo una expansión considerable de la mano de obra, pues en 1937 había 2,765 personas ocupadas, incluyendo a empleados y obreros;²⁴ ello se debió a un cambio tecnológico parcial que frenó el empleo, así como al surgimiento de pequeñas empresas que ocupaban a pocos trabajadores.

¿Qué efectos causó esta industria sobre la producción artesanal? En Ambato desapareció virtualmente, aunque persistió en zonas rurales. En la provincia de Cotopaxi continuó la producción de textiles de lana y algodón en San Pedro y Río Blanco, Saquisilí, Paoló y Salcedo, aunque en manifiesta decadencia.²⁵ A mediados de los años treinta, Guano, en la provincia de Chimborazo, producía 60,000 varas mensuales de bayeta, en 500 telares donde se ocupaban 1,500 tejedores, pero se anota que "La producción fabril... ha descendido a un extremo francamente espantoso porque la miseria y la necesidad están haciendo presa de esa población".²⁶ Esta producción de bayetas de Guano, a comienzos de 1940, todavía aparece exportándose a Colombia:

Entre los innumerables artículos que produce la industria guaneña, podemos anotar como sobresalientes: las bayetas y bayetillas que no tienen rival en el país, ya por su calidad, ya también por los primorosos tintes que les saben dar; este artículo por sí solo o constituye un filón de riqueza y lo prueban las fuertes exportaciones que de él se hace a Colombia.²⁷

La producción textil artesanal, según Moisés Sáenz, a mediados de los años treinta se mantenía en diversas zonas rurales de la sierra. Era un tipo de producción de cholos e indios. Sobre todo, alcanzaba ya cierta magnitud la de los mestizos, en tanto que la indígena era más bien de autoconsumo.²⁸ Esto alude a que hay un mercado para la producción textil artesanal de cobijas, bayetas y alfombras que le permite sobrevivir, ya muy disminuida. Como industria doméstica basada en el trabajo familiar, puede sostenerse gracias a su combinación con la agricultura. Su materia prima predominante es la lana, mientras en la industria textil está predominando el algodón y muy secundariamente se emplea la lana para casimires y pañolones.

Derivadas de la industria textil, aparecieron en Ambato tres empresas de confecciones. La Elegancia, de Domingo Romano, fue establecida en 1923; producía de veinte a treinta docenas diarias de camisas, dirigidas al mercado interno, y contaba con 60 trabajadores, la mayoría mujeres.²⁹ Las otras dos empresas eran La Star, del señor Fernando Iza, y la del señor Julio C. Banda, también dedicada a la producción de camisas.³⁰ Domingo Romano era un inmigrante de Italia que combinaba el comercio de textiles con las confecciones. Las otras dos empresas tenían su origen en artesanos que además utilizaban el trabajo a domicilio.

En la producción de zapatos, los cambios en el proceso de trabajo, la aparición del trabajo a domicilio y la introducción de la máquina aparadora traen consigo una diferenciación interna de los zapateros. Así, los hermanos Salazar crean en 1924 una pequeña fábrica;

Segundo Nieto, de la Zapatería Americana, es también fabricante de calzado; la zapatería de Antonio Ortiz Mera, fundada en 1920, sostiene "relaciones comerciales con el Perú y Sur de Colombia".³¹ En 1930 hay "10 talleres de zapaterías de primer orden en las que trabajan más de quince obreros en cada una de ellas".³² Esta diferenciación está sustentada en un productor-comerciante, que dispone de alguna reserva y utiliza el trabajo a domicilio de mano de obra rural. La producción en serie, en particular la de la Fábrica Nacional de Calzado de Guayaquil, se dirigió en un principio al consumo suntuario y su distribución estuvo en manos de hacendados-comerciantes. La Fábrica de Calzado de Evangelista Calero, instalada en 1924 en Riobamba, sí fue en los años treinta un factor de competencia, cuando inauguró sucursales en varias ciudades del país, inclusive en Ambato. Un intento de González Artiga de abrir otra fábrica hacia los mismos años fue frustrado por la fuerte oposición de los artesanos. La producción de la fábrica de Calero era de 9,000 pares anuales en 1925, con 150 trabajadores y empleados y de 90,000 pares en 1935, ocupando a 300 trabajadores.³³ Calero fue un artesano que emigró a Guayaquil a fines del siglo XIX y su pequeño taller se había transformado en 1920 en una manufactura que contaba con 80 operarios y 20 dependientes.³⁴ Es la imagen del artesano que transita a la manufacturera y la industria. Para la creación de su empresa en 1923 recurre a los capitales de agroexportadores y comerciantes de Guayaquil que aparecen como accionistas de la Sociedad Manufacturera de Calzado. Entre ellos están Francisco Urbina, gerente del Banco Comercial y Agrícola, Jaime Puig Arosemena, Efrén Aspiazú y Manuel Tama.³⁵ Incluso un "precursor" de la industria nacional debió ser apadrinado por la oligarquía guayaquileña.

Hasta 1930 las curtiembres seguían siendo artesanales y siete de ellas funcionaban en los alrededores de la plaza Colón. La comercialización de suelas y cueros la llevaban a cabo los mismos propietarios, es decir, ésta era nuevamente una actividad del productor-comerciante. Desde la perspectiva de las ocupaciones,

habría un estancamiento en la medida en que surgieron curtidurías industriales en Guayaquil que coparon más eficazmente el mercado.

La fábrica de cerveza Tungurahua también producía hielo, desplazando a indígenas de Pilahuín que abastecían de hielo a la ciudad de Ambato. Su propietario, Alfonso Troya, compartía la posesión de un canal de riego y de una mediana propiedad. Anuncios de 1916 en el periódico *Floración* indican que vende carrizos y recibe caballos a mesada. La producción en 1928 es de 500 docenas de botellas de cerveza y 2,000 kilos de hielo diarios.³⁶ A diferencia de otras empresas, copaba sólo el mercado local, al igual que las dos pequeñas fábricas de gaseosas. Una parte de la producción de gaseosas se destinó al consumo indígena, lo que dio origen a la "cola de indio", de precio inferior a las colas de marca. Por otra parte, los indígenas empiezan a consumir también la cerveza regional.

El mercado de trabajo que se formó con este desarrollo industrial y manufacturero, entre una población con un alto componente artesanal y actividades de pequeño comercio, exigía la correspondiente fuerza de trabajo. Las fábricas textiles incorporaron a trabajadores provenientes del sector artesanal y de la producción parcelaria mestiza. Hubo un núcleo de oficiales y operarios de artesanos que se desplazaron también hacia el empleo industrial. En el taller artesanal el maestro, dueño de los secretos del oficio, iba supervisando al aprendiz y a los operarios a través del largo proceso de aprendizaje. Ingresar a una fábrica resultó hasta cierto punto una alternativa a la fuerte disciplina del taller, donde además operarios y aprendices cumplían obligaciones propias del servicio doméstico.

La incorporación de mano de obra rural derivó del proceso de reducción de parcelas en las zonas de pequeña propiedad, unido a un aumento de la población. Por otra parte, las comunidades indígenas pusieron un límite a la expansión de la propiedad parcelaria mestiza, al defender celosamente su territorio. Esta mano de obra fabril de origen rural mantuvo

una ocupación complementaria en la artesanía o en actividades agrícolas.

La mujer se incorporó asimismo al trabajo fabril proveniente de familias artesanales, especializándose en las confecciones. Por ejemplo en La Industrial Algodonera, en 1924, "existe un taller de confección integrado totalmente por señoritas que encuentran trabajo honrado y bien remunerado".³⁷ En la fábrica La Elegancia, la confección de camisas corre a cargo de equipos conformados por tres personas: el trabajador varón armaba los cuellos y una parte de los cortes, mientras dos trabajadores hacían las mangas, ponían ojales, etc. Se trata de un esquema de cooperación simple para llegar a un producto final, donde la tarea básica es coser.

En su expansión, el capital genera una oferta de trabajadores destruyendo o reorganizando otros modos de producción. Pero esta oferta durante el desarrollo industrial ecuatoriano de los años veinte y treinta no proviene de una destrucción del sector artesanal o de la pequeña producción campesina, sino de un excedente de población que se transfiere a la industria. Por último, la reproducción de la fuerza de trabajo se lleva a cabo parcialmente en la pequeña producción artesanal y campesina.

Dos huelgas en la fábrica La Industrial Algodonera se originaron en un Reglamento de Trabajo que imponía una nueva disciplina a los trabajadores. En la segunda huelga, que ocurre en abril de 1924, el Pliego de Peticiones tuvo cinco puntos, pero ninguno de ellos menciona los salarios. Las peticiones giran en torno a la disciplina y la jornada de trabajo:

1º No trabajar sino 8 horas, conforme a la ley. 2º Supresión del descuento semanal de lo ganado en ella, en ímprobo trabajo. 3º Supresión de fichas para el uso del excusado, a fin de que no les descuenta el salario, el tiempo invertido en él. 4º Que se les conceda licencia por calamidad doméstica. Y 5º Seguridad de que no se les expulsará sin causa justa.³⁸

Se alude a los salarios sólo indirectamente en los descuentos. La primera huelga, en marzo de 1923, fue impulsada además por los tejedores, que provenían en su mayoría de Pinlo, o sea, tenían un origen rural. En comparación, la huelga del 26 de septiembre de 1934, diez años más tarde, plantea claramente la cuestión salarial en varios puntos del pliego de peticiones. Trabajadores de origen campesino habían pasado a formar parte del sindicato, sugiriendo lo que sugería una mayor dependencia del salario o un deterioro de éste. Los salarios en prácticamente todas las actividades fabriles eran a destajo. Entre 1925 y 1935 estaban entre \$0.60 y \$1.70, inferiores incluso a los jornales de los peones del ferrocarril. Por otro lado, el trabajo infantil se remuneraba mal o simplemente no se pagaba, porque en algunas ocasiones los niños ingresaban como aprendices a las fábricas y los patronos obtenían así trabajo gratuito.

El mercado de trabajo urbano lo componen los talleres artesanales, la construcción, las obras públicas y el trabajo industrial. De ahí que los varios sectores rurales se vinculen a él diferenciadamente. En las mismas zonas donde campesinos mestizos constituían las corrientes migratorias hacia la costa, se recluta el trabajo a domicilio para talleres artesanales en proceso de capitalización y para el empleo fabril. Mientras tanto, las obras públicas y la construcción obtienen su fuerza de trabajo de zonas indígenas de Cotopaxi y de indígenas no adscritos a comunidades, porque los indígenas de comunidad desempeñaban el trabajo agrícola sólo de modo temporal. Otras actividades de servicios, como la de cargador, elaboración de artesanías de cabuya, la cohetería y el servicio doméstico, tienen un marcado tinte indígena.

Los indios "libres", ubicados en los alrededores de las cabeceras de cantón o de la ciudad de Ambato, formaban un contingente indispensable para el funcionamiento de la ciudad. Principalmente eran albañiles, jornaleros de obras públicas, y también desarrollaron algunos oficios urbanos. Esto no significaba que abandonaran la actividad agrícola, sino que la



combinaban con su ocupación citadina. Con todo, en 1922 se había afectado el número de jornaleros requeridos para la agricultura según la queja de un hacendado de la Junta de Fomento Agrícola: "El Sr. Naranjo manifiesta la conveniencia de tomar algunas medidas para hacer actualmente albañiles, tejeros, arpistas, etc... y nadie quiere prestar sus servicios como peón agrícola..."³⁹ El crecimiento de la ciudad de Ambato en los años veinte ofreció ocupaciones urbanas que incrementaron los problemas de obtención de mano de obra agrícola después de la abolición del Apremio Personal en 1918.

La residencia en zonas urbanas produjo una transformación en los indígenas que conllevó el abandono del vestido tradicional y, a comienzos de siglo, su incursión en un nuevo conjunto de actividades. Un sector muy pequeño termina de amanuense de juzgado o practicando el oficio de tinterillo, y algunos "si su familia es algo rica se hacen o abogados o curas que, en ambos casos, resultan verdaderas calamidades públicas". Otros son jornaleros que viven dentro de la ciudad pero se encargan de trabajar las "cuadras" y quintas de los alrededores de la ciudad. "Ultimamente se han dedicado, unos cuantos, a diversos oficios y trabajos, no ejercidos antes sino por los blancos, como carpinteros, aserradores, zapateros, peluqueros, etc." De los albañiles dice Nicolás Martínez que "yo no sé por qué todos son indios".⁴⁰ La participación indígena en el mercado de trabajo es diversificada, pero preponderantemente de peón para los hombres y de empleada doméstica para la mujer. La supresión del apremio personal en 1918, incrementó la presencia de indígenas en la ciudad, dando lugar a un cambio cultural hacia el mestizaje y la "cholificación".

... el indio trabaja para sí y no para otros; sus hijos hacen lo mismo; y en vez de arrendar sus servicios personales en las haciendas, emigran a las ciudades; los hombres, a trabajar con mejores salarios en las obras fabriles y las mujeres a prestar sus servicios saboreando las comodi-

dades de vida urbana y las dulzuras de la ociosidad y el alcoholismo, supremo ideal del indio, jamás vuelven a los campos. Es éste, ordinariamente, el periodo de metamorfosis en que el indio se convierte en mestizo y de mestizo pasa a la categoría de cholo.⁴¹

Estos cholos de origen indígena se van incorporando al otro grupo cholo que ya está en la ciudad. Pero aquí viene justamente el manejo ambiguo de la categoría cholo. Los artesanos de larga tradición en la ciudad de Ambato, de origen mestizo, son considerados cholos por los grupos dominantes y una parte de estos mismos artesanos consideran a sí mismos como cholos, aunque su punto de referencia está en la cultura occidental. En la medida que el chagra, denominación que reciben los campesinos mestizos o habitantes de pueblos, se incorpora al trabajo urbano, pasa a ser también conceptualizado como cholo. Por esto, el mundo artesanal y obrero tiene una identificación general con lo cholo, pero como una expresión donde se mezclan relaciones de clase y relaciones étnicas. La configuración de la ciudad a fines del siglo XIX marca una clara división entre el barrio alto y el barrio bajo: "En el primero está concentrada la población de más valía, por su número, su ilustración y mayores comodidades; y en el segundo, el grupo de industriales, artesanos y jornaleros".⁴² La línea divisoria es la iglesia de La Medalla Milagrosa, desde donde empieza, hacia el norte, el barrio plebeyo. Durante la huelga de La Industrial Algodonera de 1934, la compañía contó con la adhesión del Club Tungurahua, que agrupaba desde 1903 a los aristócratas de Atambo, "...integrado por lo que se llama *cream social*, cuyas gentes no han concedido jamás importancia alguna al pobre obrero, al cholo del barrio bajo, como lo llaman".⁴³

Nótese que se habla de cholo y de obrero, combinando la referencia de clase y la referencia étnica. Lo cholo no alude a un perfil único, sino a un ámbito conflictivo de polarización entre el mundo blanco y el mundo indígena, con variaciones y gradaciones que tornan a lo

cholo en una categoría donde se encierra todo aquello que proviene del mestizaje.

El concepto de aristocracia para definir a la clase terrateniente y a los hacendados comerciantes perdura en los siglos XIX y XX y adopta un conjunto de palabras equivalentes como noble, buenas familias o familias encopetadas, que se supone son blancos. Como oposición en el escenario urbano está la plebe, que ha sido denominada como gente del pueblo, hombres del pueblo o clase del pueblo, cuya característica es el mestizaje. La oposición aristocracia-plebe, de origen colonial se redefine mediante este lenguaje de castas.⁴⁴

El lenguaje de castas expresa la vigencia de una estructura social colonial y de mentalidades que sitúan a los individuos en roles de los que es difícil escapar. Lugar privilegiado en esta definición de las castas ocupa la literatura costumbrista, como un conjunto de representaciones de la sociedad regional. Al designar el lugar que corresponde a los diversos sectores sociales, proyecta un orden desde la perspectiva de los dominantes y penaliza asimismo a nuevos sectores emergentes. La aristocracia es en la literatura costumbrista un concepto de naturaleza cultural que tiene por referencia la cultura blanca. Entre sus miembros hay una identidad forjada por un estilo de vida común, redes de parentesco y alianzas matrimoniales, que identifican a grupos terratenientes o terratenientes-comerciantes con eje en Ambato. El concepto más general de "pueblo", opuesto al de aristocracia, no sólo engloba al universo artesanal y del pequeño comercio, sino también a funcionarios de las haciendas y habitantes pueblerinos. Los mestizos de áreas rurales o cabeceras parroquiales son denominados chagras, término que instala una oposición con la residencia en la ciudad, discriminando al campesino mestizo.

Así, el lenguaje de castas queda inscrito en el surgimiento de las clases. Mejor dicho, las clases quedan atrapadas en las castas de origen colonial; en una matriz de índole colonial, se instala una nueva estructura de clases. Desde la esfera de la circulación surgen sectores ascendentes, de origen no aristocrático, y

conforman un fuerte capital comercial que va desplazando a los hacendados-comerciantes. Pero este grupo ascendente es despreciado por el mundo aristocrático, que no obstante su pérdida de importancia económica, mantiene un fuerte control de los mecanismos de poder y una distancia social insalvable frente al capital comercial y manufacturero. En este sentido, puede haber un paralelo con el "antiguo régimen" de la Europa del siglo XVIII, donde sectores emergentes burgueses se toparon con la aristocracia en decadencia económica:

...va haciéndose cada vez más visible el ascenso social y económico de los grupos profesionales-burgueses, mientras que grandes porciones de la aristocracia van siendo cada vez más pobres. Pero jurídicamente, así como para la conciencia de los diversos grupos y el trato social, las fronteras sociales eran todavía bastante insalvables.⁴⁵

La noción de obrero originalmente se asocia a un oficio adquirido en la tradición artesanal, y constituye por tanto un factor de identificación entre los maestros de taller de los diversos gremios. Entre 1920 y 1930 se crearon cinco sociedades mutuales de artesanos, base sobre la que se estableció la Confederación de Tungurahua en 1929. En su directorio estuvieron los artesanos acomodados, que mantenían una alianza con un sector de los nuevos industriales y los grupos de comerciantes emergentes. En 1930 se fundó la Sociedad de Comerciantes e Industriales, integrada básicamente por los comerciantes de productos agrícolas y de productos costeños: representación corporativa del capital comercial que había nacido con el ferrocarril. Todos estos sectores apoyarán al Partido Socialista. No debe sorprendernos que el socialismo tampoco escape a la realidad de las castas y deba también recurrir a ese lenguaje para su prédica doctrinal. El grupo ARIA, Asociación Revolucionaria Ideológica Ambateña, fundado a fines de la década de los veinte, se propone concentrar la representación de las

capas medias de origen mestizo que enfilarán sus baterías contra la aristocracia. Una clase media "cola" asumirá la conducción del chagra y del indio explotado:

Al lado opuesto de ella (la aristocracia) sube una clase media pobre y talentosa que reivindicará los derechos del chagra y del indio explotados. Esta clase, formada de los cholos, se eleva día a día y subirá más pronto si en esa misma gente explotada, si en la mayoría de los cholos desapareciera el respeto hereditario, ancestral, pero infundado e injusto, de la nobleza de sangre. Luego, el primer paso de nuestro socialismo debe ser levantar el espíritu de la gente humilde para que sienta el orgullo de sus propios méritos y arroje por el suelo a los ídolos de barro que descansan sobre el pedestal de la ignorancia, la nobleza y la riqueza. ¡Cholos! Mestizos que no sois aspirantes a nobles, que sentís en vuestra alma la grandeza y la rebeldía, uníos todos en nombre del socialismo que es nuestra justicia y derrocad a los testafierros que están tambaleándose y que caerán envueltos en las llamas del odio a los que ellos se imaginan humildes.⁴⁶

Así una identidad chola asumida de diversas maneras por sectores contruidos de una forma clasista, permite un espacio de apelación ideológica común que puede convocar a un cuestionamiento de los aristócratas. Aún más, en la jerga socialista los aristócratas pasarán a ser llamados gamonales. En el agro, el gamonal desde fines del siglo XIX había sido el funcionario teniente político o el mediano propietario de origen campesino que, en la perspectiva de los aristócratas, era el que oprimía al campesinado indígena. Para la nobleza terrateniente el gamonalismo era en realidad el último eslabón de la cadena de instituciones estatales. Correspondía al poder local ejercido por el núcleo de habitantes blancos y mestizos sobre un hinterland indígena. Desde los años treinta, la lucha política transfiere el significa-

do del gamonal hacia la nobleza terrateniente que ejerce el control de los órganos de poder regional. Gamonal será de ahí en adelante el noble que está en el Consejo Municipal o la Gobernación.

Riobamba: el conflicto interétnico

Con un desarrollo manufacturero de menor intensidad que el de Ambato, Riobamba tuvo una fábrica textil, El Prado, fundada en 1917 y perteneciente a los Cordovez, de origen terrateniente. En junio de 1919 se produjo una huelga en esta fábrica, cuando los patronos introdujeron mano de obra indígena para que iniciara el aprendizaje del trabajo textil. Fue una huelga calificada de "feminista" por el diario *Los Andes*:

Pueblos jóvenes como el nuestro en que aún no se hallan implantadas las industrias fabriles, en que los pocos braceros que existen en el país no sufren todavía la opresión del capitalismo, no tienen razón para realizar ningún gesto levantístico; por consiguiente nos hemos creído libres de toda manifestación obrera; mas, por desgracia resulta que apenas iniciada en esta ciudad la industria de tejidos, en la cual habían encontrado colocación algunas señoritas, se ha comenzado por herir su amor propio, colocando al lado de cada obrera un indígena vestido con su primitiva indumentaria, con el fin de que las señoritas enseñaran el mecanismo del trabajo a los indígenas allí introducidos por el dueño de la fábrica (...)⁴⁷

Esta huelga por tanto adquiere un matiz de enfrentamiento entre mujeres de origen mestizo e indígenas. Es cierto que la presencia de indígenas podía terminar desplazándolas, pero había además una resistencia de las trabajadoras mestizas a que los indígenas manejaran telares. Por supuesto que esta situación se manifestó también en otras ciudades donde se implantó la industria textil, Ambato y Atunta-

qui por ejemplo, pues los indígenas eran un sector marcadamente minoritario de los trabajadores textiles y ejecutaban labores que no implicaban el manejo de máquinas. Eran trabajadores de cuadrilla, encargados de tareas de carga y descarga, barredores y peones de construcción. Los indígenas que están en fábricas terminan incorporándose a una división del trabajo que les asigna la mismas ocupaciones que desempeñan los indígenas en la ciudad. Su condición de peón, barrendero y cargador se reproduce dentro de la fábrica.⁴⁸ De este modo, la huelga femenina de El Prado quedó inscrita en un conflicto de naturaleza étnica, donde la amenaza de desempleo refuerza concepciones discriminatorias hacia los indígenas.

Es increíble que el señor Cordovez piense de esta manera, puesto que su mayor orgullo y satisfacción debía fincar en mantener en su fábrica señoritas que no se hallen privadas de gusto artístico, medianos conocimientos industriales y relativa inteligencia, que se necesita para que el producto de sus telares no constituya un fracaso, como sucedería al introducir gente casi inconsciente y con muy escasas aptitudes para el progreso.⁴⁹

La tensión entre lo blanco aristocrático y lo cholo, por otro lado, no podía dejar de estar presente en Riobamba. Para conmemorar el Primero de Mayo de 1923, la Sociedad de Carpinteros organizó una Velada Literaria y Musical. Este acontecimiento reafirma un espacio cultural de lo obrero. Durante él se ejecutaron varias piezas musicales, como "15 de Noviembre de 1922" del compositor Elías Guerra; un "Himno Obrero", que interpretaron los "Hijos del Trabajo"; actos tales como "Obsequio de pañolones ofrecidos por el señor Luis Cordovez a las niñas de los obreros", y actos de premiación "Al obrero, Jefe de taller que cuenta con el mayor número de operarios", y "Al obrero más joven que sea Jefe de taller". Pero el número central entre piezas musicales, declamaciones, coronación de la reina y entre-

ga de premios, fue la presencia del drama *Lo irreparable*.⁵⁰

Esta obra de teatro, escrita por el poeta Miguel Angel León, fue interpretada por los artesanos. *Lo irreparable* relata una confrontación entre los aristócratas y los obreros. La primera parte del drama se desarrolla en un restaurante, con el siguiente diálogo entre uno de los nobles y el empleado que los atiende.

Mauro.- ¿Qué es lo que piden, señores?

Juan.- ¡Ajá! ¡Señores, no, cholo atrevido! Patrones para en otra.

(...)

Juan.- ¿Has visto? Si este cholo es el hombre más antipático para mí.

Con el modo que dice: con perdón, haciéndose el señor. Yo quisiera verle en mi hacienda hundiendo la esteva del arado. ¡Qué bien chasquearía mi látigo en sus espaldas afeminadas!

Este diálogo señala el tono de desprecio y discriminación de lo aristocrático a lo cholo. Traduce a una obra de teatro una relación cotidiana. Los obreros, por su parte, hablan de los aristócratas como gamonales y patrones. A lo largo de la obra, los obreros no se llaman a sí mismos cholos, pero los dominantes sí los identifican como tales: "Cholo resabiado", "Estos cholos leídos son inaguantables". El drama contiene pues una afirmación de clase de los obreros (artesanos) y revela la permanencia del lenguaje de castas en boca de los nobles. Lo importante es que, aunque no se trata de un texto producido por un artesano, sino por un intelectual, lo representan artesanos.

Al parecer, en Riobamba el ser cholo implicaba una degradación en los años veinte. Por lo menos, la Confederación Obrera de Chimborazo analizaba a la sociedad dividida en blancos, mestizos e indios, pero los cholos "no han servido ni sirven, sino para mayordomos, para mucamos o pajes, para mozos de cordel y para otros oficios bajos, viles y despreciables". A esta división de castas se yuxtapone una división de clases: "La capitalista, la media o burguesa y la pobre",⁵¹ sin que se defina dónde

queda el obrero. Significativamente, a comienzos de los años sesenta obrero de fábrica y cholo son sinónimos en un relato de la huelga de la fábrica de calzado Calero,⁵² donde había un importante contingente de trabajadores de origen rural.

Nota final

Para reexaminar la historia del movimiento obrero en el Ecuador debe partirse, a nuestro juicio, de reconocer las diversidades regionales en la conformación del mercado de trabajo y en las estructuras de clase. Por ahora, hemos concentrado la atención en zonas serranas donde surgió una clase trabajadora dentro de un ambiente de predominio de la pequeña producción urbana y rural. Un futuro análisis deberá contrastar estas situaciones provincianas con Quito y Guayaquil. Con ciertas peculiaridades, nos parece que Quito confirmará, en lo esencial, el proceso encontrado en Ambato y Riobamba, mientras que Guayaquil ofrecerá un panorama de mestizaje predominante, marcado por recurrentes notas plebeyas en oposición al "patriciado" guayaquileño.

Las discusiones del presente estudio han tendido a plantear la vigencia de una gran polarización cultural entre el mundo blanco-mestizo y el mundo indígena, en la perspectiva de un conflicto de larga duración instalado desde la colonia. Al establecer esta oposición central, se adscribe lo mestizo a lo blanco, pasando por alto que el mestizaje es un proceso de alta complejidad y que varía históricamente. La cuestión nacional, por eso, aparece como una cuestión no resuelta en los países andinos, donde lo étnico atraviesa fuertemente a la sociedad. Por ello, al hablar de una clase trabajadora, no deberá pasarse por alto la diferenciación étnica, que marca un problema de

difícil resolución mientras persistan en el seno de aquella exclusiones y discriminaciones.

El mercado de trabajo creado por el desarrollo manufacturero se inscribe en un contexto donde prevalecen ocupaciones artesanales y de pequeño comercio. Un excedente de mano de obra, que resulta del crecimiento poblacional rural en las áreas de pequeña propiedad mestiza, se transfiere hacia la manufactura a domicilio y al trabajo asalariado. Desde estas mismas zonas, salen las corrientes migratorias hacia la costa. Otro segmento de la fuerza de trabajo para la industria lo aporta el sector artesanal. Pero esto no significa que se haya quebrado la economía campesina o el sector artesanal urbano, sino que el trabajo asalariado se torna complementario de las economías domésticas.

El trabajo industrial surge sobre la base de una diferenciación previa en el mercado de trabajo urbano. Campesinos indígenas o libres se desempeñan como peones, albañiles y cargadores o en algún oficio artesanal. Las mujeres indígenas son el componente mayoritario del servicio doméstico. Para el trabajo industrial, la mano de obra de origen rural se recluta entre campesinos mestizos, y sólo muy secundariamente entre indígenas.

A partir de estas dos vertientes de la clase trabajadora, la mestiza y la indígena, después de 1920 irá configurándose una combinación de las definiciones clasista y étnica en el cholo urbano, que será un sinónimo de trabajador asalariado de origen mestizo urbano y rural. En un juego de oposiciones, lo cholo será un amplio espacio de apelación de diversos grupos sociales frente a lo aristocrático blanco. Pero al mismo tiempo, persistirá el gran abismo cultural entre el mundo indígena y los mundos blanco y cholo de la ciudad. Surgieron de las clases, gestado en las viejas relaciones coloniales, y prolongó el esquema de castas novohispano.

Anexo 1

Población activa por rama de actividad en Guayaquil		
(1899)		
	Número	%
I. Rama Primaria		
Agricultores	1,170	3.36
Pescadores	145	0.41
Total	1,315	3.77
II. Rama Secundaria		
Fabricantes	15	0.04
Trabajadores alimentación	1,223	3.51
Trabajadores confecciones y textiles	4,291	12.33
Trabajadores madera	3,887	11.16
Trabajadores cuero y calzado	766	2.20
Trabajadores construcción	268	0.77
Trabajadores metales	526	1.51
Trabajadores industrias varias	444	1.27
Total	11,420	32.79
III. Rama Terciaria		
III.1. Comercio		
Comerciantes y banqueros	4,599	13.21
Alojamiento	262	0.75
Total	4,861	13.96
III.2. Servicios		
Profesionales universitarios	246	0.70
Profesionales menores y maestros	396	1.13
Artes y oficios	1,025	2.94
Empleados del Gobierno	—	—
Transporte y comunicaciones	441	1.26
Servicio doméstico	8,472	24.34
Total servicios	10,580	30.40
Total III.	15,441	44.36
IV. Sin rama		
Peones, operarios, obreros	4,020	11.55
Empleados	1,872	5.37
Otros	733	2.10
Total	6,625	19.02
Total general	34,801	100.00

Fuente: Censo de Guayaquil, 1899, en: Informe de la Intendencia de la Provincia del Guayas (1899), Informe del Ministro del Interior, 1900.

Anexo 2

Población activa por ramas en Ambato en 1871		
	Número	%
I. Rama Primaria		
Agricultores	751	17.65
Total I	751	17.65
II. Rama Secundaria		
Fabricantes	—	—
Trabajadores alimentación	50	1.17
Trabajadores confecciones y textiles	862	20.26
Trabajadores madera	68	1.59
Trabajadores cuero y calzado	355	8.34
Trabajadores construcción	13	0.30
Trabajadores metales	20	0.47
Trabajadores industrias varias	—	—
Total II	1,368	32.13
III. Rama Terciaria		
III.1. Comercio		
Comerciantes y banqueros	108	2.53
Alojamiento	—	—
Total comercio	108	2.53
III.2. Servicios		
Profesionales universitarios	18	0.42
Profesionales menores y maestros	3	0.07
Artes y oficios	42	0.98
Empleados del Gobierno	—	—
Trabajadores transporte y com.	—	—
Servicio doméstico	1,837	43.18
Total comercio	1,900	44.65
Total III	2,098	47.18
IV. Sin rama		
Peones, operarios, obreros	—	—
Empleados	26	0.61
Otros	101	2.37
Total sin rama	127	2.98
Total general	4,254	100.00

Fuente: ANH/Q, Censo de la provincia de Tungurahua 1871, Empadronamientos, Cajas 30 y 31.

Nota: En el Censo están confundidos ocupación de sirviente doméstico y quehaceres domésticos, lo que abulta exageradamente la población activa y la ocupación de servicio doméstico. Separando la ocupación femenina de aquellas que podían considerarse quehaceres domésticos, se estimó un conjunto de 1,700 mujeres en servicio doméstico, que con 137 suman 1,837 personas en servicio doméstico, mientras que la cifra original que mezcla ocupaciones es de 2,172.

Anexo 3

Población activa por rama de actividad en Ambato
(1922)

I. Rama Primaria		Número	%		
Agricultores		523	8.90	Total comerci	539 9.17
Total I		523	8.90		
II. Rama Secundaria				III.2. Servicios	
Fabricantes		35	0.59	Profesionales universitarios	49 0.83
Trabajadores alimentación		279	4.75	Profesionales menores y maestros	137 2.33
Trabajadores confecciones y textiles		1,127	19.19	Artes y oficios	50 0.85
Trabajadores madera		335	5.70	Empleados del Gobierno	— —
Trabajadores cuero y calzado		492	8.37	Trabajadores transporte y com.	52 0.88
Trabajadores construcción		143	2.43	Servicio doméstico	1,296 22.07
Trabajadores metales		104	1.77	Total comercio	1,584 26.97
Trabajadores industrias varias		53	0.90	Total III	2,123 36.15
Total II		2,568	43.50		
III. Rama Terciaria				IV. Sin rama	
III.1. Comercio				Peones, operarios, obreros	195 3.32
Comerciantes y banqueros		537	9.14	Empleados	244 4.15
Alojamiento		2	0.00	Otros	219 3.72
				Total sin rama	658 11.20
				Total general	5,872 100.00

Fuente: ARCA, Censo de la ciudad de Ambato, 1922.

Notas

¹ Alberto Flores Galindo, *Aristocracia y plebe*. Lima, 1760-1830, Lima, Mosca Azul Ed., 1984, p. 198.

² Anibal Quijano, *Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Lima, Mosca Azul Ed., 1980, p. 66.

³ Rosemary Bromley, "Urban Rural Demographic Contrasts in Highland Ecuador: Town Recession in a Period of Catastrophe 1778-1841", *Journal of Historical Geography* 5, 3, 1979, p. 288.

⁴ Manuel Chiriboga, *Jornaleros y gran propietarios en 135 años de exportación cacaoera (1790-1925)*, Quito, Consejo Provincial de Pichincha, Quito, 1980, p. 78 (Se cita un informe del Ministro de Hacienda de 1848).

⁵ Censo de Guayaquil, 1899, Informe de la Intendencia de la Provincia de Guayas, en: *Informe del Ministro del Interior*, 1990, s.p.

⁶ En el Anexo No. 1, se presenta un cuadro de la población activa de Guayaquil elaborado sobre la base del Censo de Guayaquil de 1899 ya citado.

⁷ *El Nacional*, 26-XI-1887.

⁸ Manuel Chiriboga, *op. cit.*, pp. 190-191; Andrés Guerrero, *Los oligarcas del cacao*, Quito, Ed. El Conejo, 1980, p. 36.

⁹ J. Verninen, "La industria azucarera y sus derivados", 16-VII-1931, Archivo Histórico del Ministerio de

Finanzas (AHME), papeles sin clasificar; Anónimo, *Milagro. Datos estadísticos sobre esta parroquia*, Guayaquil, Imp. Grito del Pueblo, Guayaquil, 1902; *El Comercio*, 7-X-1923.

¹⁰ Foreign Office, *British Consular Report. Ecuador, 1910*, London, 1912, p. 9.

¹¹ Luis A. Martínez, *A la Costa*, Quito, CCE, 1979 (1904), pp. 211-215.

¹² Aquí resumimos las valiosas informaciones que nos proporcionaron Gabriel Freire (Cevallos, 25-IX-1986), José Villacrés (Pinillo, 22-II-1987) y Teófilo López (Ambato, V-1987). El diálogo entre Roberto Gómez y Salvador Ramírez en la novela *A la Costa* (1904), acerca de las condiciones de trabajo en los ingenios azucareros, narra la presencia de trabajadores serranos de origen mestizo: "¡Caramba, la gente que se tragan los Ingenios! Le digo a usted, don Salvador, que da pena ver llegar partidas de chagras de la Sierra, robustos y contentos, alucinados con el buen jornal, y verles a algunos, después, macilentos, tristes, inutilizados para el trabajo, ir a Guayaquil a morir en el hospital, o gastar allí hasta el último centavo que ahorraron a fuerza de trabajo y economía, y regresar, al fin, a la choza de su tierra, enfermos e inutilizados para siempre!". Luis A. Martínez, *A la Costa*, p. 214.

- ¹³ *Floración*, 16-IV-1916.
- ¹⁴ Carlos Bolívar Sevilla, "La octava de Corpus en las parroquias de Altillo", en: *Lecturas amenas*, Ambato, Imp. Municipal, 1948, pp. 173-174.
- ¹⁵ Estas y otras informaciones provienen de nuestro trabajo: "Tierra y capital comercial en la sierra central. El Caso de Tungurahua 1850-1930", Tesis de Maestría, FLACSO, Quito, 1987.
- ¹⁶ Carlos Gómez Rendón, *Informe del Gobernador de Guayas*, Guayaquil, Imp. "El Telégrafo", 1913, pp. 6 y 62.
- ¹⁷ Diario de Avisos, *El Ecuador en Chicago*, Nueva York, 1984, p. 81; Reginald Enock, *Ecuador: geografía humana*, Quito, Corporación Editora Nacional, (1914) 1980, p. 298.
- ¹⁸ Las fuentes de este análisis son dos listas nominativas (Censo de Tungurahua de 1871 y Censo de Ambato de 1922) que han sido procesadas, fundamentalmente para identificar la estructura ocupacional. Había una distorsión difícil de controlar: en el Censo de 1871 no se distinguían claramente los quehaceres domésticos del servicio doméstico, porque generalmente se registraban actividades distintas con la denominación "doméstica". Esta distinción es más precisa en el Censo de 1922, donde aparece muy claramente el servicio doméstico. Por este motivo hubo que recurrir a una ponderación, pero se mantuvo cierto sobre-dimensionamiento. Los Anexos No. 2 y No. 3 resumen la información sobre la población activa para los niños indicados.
- ¹⁹ Virgilio Paredes, "La higiene pública en Ambato", *Casa de Montalvo*, I, 6-7, 1932, p. 314.
- ²⁰ Entrevista con el señor José Villacrés, Pinllo, 22-II-1987.
- ²¹ Department of Overseas Trade, *Report on the Trade and Commerce of Ecuador*, 1921; *Report on the Economic and Financial Conditions in Ecuador*, 1923, p. 10; *Report on the Economic and Financial Conditions in Ecuador*, 1926, p. 14.
- ²² Jesús Antonio Bejarano, "El fin de la economía exportadora y los orígenes del problema agrario III", *Cuadernos Colombianos*, II, 8, 1975, Bogotá, pp. 550-551.
- ²³ Pablo Balarezo Moncayo, *La maravilla de Ambato. Hombres, ciudades y tierras del Tungurahua*, Quito, Imp. Ministerio de Educación, 1942, p. 86; Entrevista Jorge Calero.
- ²⁴ José Luis González, "Breves notas sobre la industria textil en el Ecuador", *Boletín del Ministerio de Previsión Social, Trabajo, Agricultura e Industrias*, I, 4, 1937, pp. 39 y 44.
- ²⁵ Alejandro Sandoval, *Monografía de la provincia de León*, pp. 88, 93, 99 y 109. Información similar está presentada en la *Guía agrícola y comercial de la República*, (1909), p. 1104-1108.
- ²⁶ Estas apreciaciones sobre la actividad textil de Guano son del Dr. León Hidalgo, delegado de Chimborazo al Primer Congreso de Industriales de 1935. De 90,000 varas mensuales de bayeta producidas antes de 1935, habría descendido la producción a 60,000 varas mensuales. Parece que el número de tejedores y telares atribuidos a Guano son datos abultados. "Actas del Primer Congreso de Industriales reunido en la ciudad de Ambato. Marzo de 1935", Quito, Imp. Nacional, 1936, p. 235.
- ²⁷ Julio Castillo Jácome, *La provincia de Chimborazo en 1942*, p. 468.
- ²⁸ Moisés Sáenz, *Sobre el indio ecuatoriano y su incorporación al medio nacional*, México, Secretaría de Educación Pública, 1933, pp. 59-60.
- ²⁹ "Una importante industria", *El feriante*, I, 1, 1930, p. 16.
- ³⁰ La provincia de Tungurahua en 1928, p. 194.
- ³¹ *Ibid.*, s.p. (Avisos comerciales).
- ³² "La importancia de Ambato industrial", *El feriante*, I, 1, 1930, p. 6.
- ³³ Autores varios, (*Evangelista Calero*), 27 de diciembre de 1.895, 27 de Diciembre de 1945, Guayaquil, s.p.i., 1945, pp. 34-38.
- ³⁴ *América Libre*, Guayaquil, Prensa Ecuatoriana, 1920, p. 305.
- ³⁵ "Prospecto y estatuto de la Sociedad Manufacturera de Calzado" (1923), *Comercio Internacional*, V, 2, 1924, pp. 28-32. La Fábrica Nacional de Calzado, fundada en 1908, tenía en su directorio y accionistas a agroexportadores, banqueros, importadores e industriales del cuero. En 1915, la producción de zapatos era de 5,000 pares al mes, lo que se estimaba satisfacía la tercera parte del consumo total del país, c.f.: Manuel Chiriboga, *op. cit.*, p. 425.
- ³⁶ J.F. Montalvo, *op. cit.*, p. 208.
- ³⁷ *El Ecuador Comercial*, II, 12, 1924, p. 31.
- ³⁸ *Labor*, II, 68, 19-IV-1924.
- ³⁹ Archivo del Registro Civil de Ambato (ARCA), Sesión del 23-VII-1922, Libro de Actas de la Junta de Fomento Agrícola.
- ⁴⁰ Nicolás Martínez, *La condición actual de la raza indígena en la provincia de Tungurahua*, 1916, pp. 24-25.
- ⁴¹ Alejandro Montes de Oca, "Causas del desastre de la agricultura", *El Día*, 8-XI-1923.
- ⁴² Francisco Moscoso, *Cuadro sinóptico de la Provincia de Tungurahua, Ambato, Imp. de Tungurahua*, 1893, p. 17.
- ⁴³ La Tierra, 4-X-1934, (subrayado en el original).
- ⁴⁴ La literatura costumbrista recoge este lenguaje de castas y lo transmite. En ese sentido, pueden verse los textos de: Luis A. Martínez, *Disparates y caricaturas*, Ambato, Imp. de Salvador R. Porras, 1930; A la Costa (1904), y C.B. Sevilla, *Lecturas amenas*.
- ⁴⁵ Norbert Elias, *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 81.
- ⁴⁶ "Nuestra lucha de clases", *Grímpola Roja*, 24, 25-II, 1932.
- ⁴⁷ "Huelga feminista", *Los Andes*, 12-VI-1919.
- ⁴⁸ Informaciones proporcionadas por el Sr. José Villacrés y Julio César Paredes. En la novela de Jorge Icaza *En las calles* (1935), un personaje empieza de indígena

cargador de la cuadrilla del ferrocarril, mientras se montaba una fábrica textil. Luego entra de trabajador en la fábrica, se le hace "girones" el poncho y se vuelve un cholo. La famosa autobiografía de Gregorio Condori Mamani, un cargador del Cusco, relata que fue primero albañil de una fábrica textil, luego barredor en la fábrica por 23 años, hasta la liquidación de la empresa, cuando empieza a ser cargador. Ricardo Valderrama y Carmen Escalante, *Gregorio Condori Mamani. Autobiografía*, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas, 1979, 2a. ed., pp. 84-86.

⁴⁹ *Los Andes*, loc. cit.

⁵⁰ *Los Andes*, 29-IV-1923. Llegó a nuestras manos una copia del drama *Lo irreparable*, gracias a la generosidad del Dr. Carlos Ortiz, quien conserva una copia a mano de esta obra, fechada en 1923.

⁵¹ *Modesto homenaje que la "Confederación Obrera del Chimborazo" presenta al Congreso Obrero del Guayas, como testimonio de admiración a los próceres del Nueve de Octubre en su glorioso Centenario*, Riobamba, 1920, pp. 5-6.

⁵² Luis A. Colina, *Historia de los 165 días de huelga de la Fábrica Manufacturera de Calzado Calero*, Riobamba, Imp. Riobamba, 1960, pp. 3 y 10.



